

Walsh antes de Walsh

Lejos de las lecturas canónicas que consagran el bronce, hay también un Walsh que incomoda. Lecturas desviadas en la siempre compleja relación de los intelectuales con el peronismo. Itinerario de cómo Walsh eligió vivir la novela junto al pueblo.

Esquivar algunos textos que nos fastidian, de escritores que amamos, no impide su existencia.

No resulta fácil la lectura de un Walsh (con nuestras pasiones) que homenajea a un aviador muerto después de bombardear a la resistencia peronista, no en uno, sino en dos artículos. Pero tampoco es difícil darse cuenta de que, en realidad, Walsh no necesita de estrategias discursivas que justifiquen su escritura, su acción. Se defiende solo.

Los dos textos de Rodolfo Walsh en los que se hace homenaje a un hecho heroico del que es protagonista Eduardo Estivariz, capitán de corbeta, muerto en combate, y en los que se evidencia su apoyo a la movida militar que derroca a Perón, autodenominada Revolución Libertadora, son “2-0-12 no vuelve” y “Aquí cerraron sus ojos”. Ambos fueron publicados en Leoplán, en diciembre de 1955 y en octubre de 1956, respectivamente, y constan como su primer desplazamiento de lo literario para incursionar en la escritura sobre hechos de resonancia pública.

El oeste del homenaje a la muerte épica del capitán de corbeta Estivariz es el inicio del itinerario de una búsqueda de voz propia con rupturas y miradas críticas que lo consolidarán luego en un intelectual militante de izquierda.

En ambos textos, Walsh construye la imagen del aviador desde las virtudes que siem-

pre, en un héroe, deben ser extraordinarias: ser “una de las figuras más limpias”, dar la vida, lograr la victoria con su sangre, tener valentía, coraje, anteponer el cumplimiento del deber. Su heroísmo no sólo se evidencia en la acción de saber maniobrar por lo bajo un avión anticuado, arriesgando su vida y recibiendo las esquirlas de sus propias bombas, sino también en impedir que el ímpetu entusiasta no le permitiera ser cuidadoso, para no dañar a la población civil. Todo en Estivariz es excepcional, tanto en lo que respecta a sus acciones como en su foja de servicios: “el alumno más brillante de su promoción”, sus conocimientos en materia aeronáutica son “vastísimos”, “uno de los jefes más brillantes”, “un hombre excepcionalmente austero, excepcionalmente capaz, excepcionalmente valeroso”, “un extraordinario espíritu de sacrificio”. Y también consta su humildad - la soberbia nunca es he-

El trabajo de investigación de los fusilamientos de José León Suárez fue el inicio del proceso de cambio, aunque su rechazo a la Libertadora no modificó del todo su relación con el peronismo.

roica -, ya que “insiste en actuar como subordinado”, a pesar de que “los hombres acuden a él instintivamente” en busca de instrucciones.

Por otra parte, vale la pena recordar, porque Walsh lo hace, que Estivariz era amigo de su hermano mayor.

Lo heroico del capitán de corbeta se transfiere también al suboficial que no duda en acompañarlo aun siendo peronista. Es decir que importa menos el lugar en la causa, la posición política, que la devoción heroica y leal imperativa del deber. “No siempre un rótulo político basta para definir a un hombre, para abarcarlo en toda su profundidad” dice Walsh.

Los textos hacen hincapié en las características indiscutibles de un héroe, aquellas en las que se circulan lugares transhistóricos, casi universales. Sus cualidades se presentan como máximas generales del verosímil, lugares comunes relativos a temas sociales como el valor, el respeto, la lealtad... que constituyen el repertorio de la doxa. Y la doxa es lo que se cae de maduro, lo “necesario para pensar lo que se piensa y decir lo que se tiene que decir”. Y la doxa - indudablemente - encierra los presupuestos propios no sólo de una época, de una sociedad sino también de una clase.

Años después, en Operación masacre, discute la construcción de la figura de Aramburu como prócer y satiriza la canonización de los mismos discursos de la doxa que se sustentan en los mismos ecos de heroicidad - basados



Su conversión a la militancia revolucionaria fue un proceso largo, de autocrítica, con intentos de renuncia a la literatura de ficción y a ser escritor, para dedicarse a una escritura política.



en el dramatismo de la muerte - que encontramos en el homenaje a Estivariz.

Sin dudas, el trabajo de investigación de los fusilamientos de José León Suárez fue un inicio del proceso de cambio, de pasar “del mero nacionalismo a la izquierda”, aunque su rechazo a la Libertadora no modificó del todo su relación con el peronismo.

Catorce años más tarde, en la versión cinematográfica de cuyo guión participó Walsh, el giro ideológico será otro. El foco se orienta hacia aquello que si bien la novela no soslaya, sí atenúa, la militancia de quienes fueron víctimas: Nosotros éramos peronistas. – dice Troxler (uno de los sobrevivientes del fusilamiento que a su vez se representa a sí mismo como actor en el film), al comienzo. Su relato se ilustra con imágenes de documentales que

muestran masas manifestando, cadáveres en Plaza de Mayo, fábricas, Frondizi, el Cordobazo, soldados, camiones militares, pintadas en paredes de la FAR, la FAP y Montoneros, Lanusse, titulares de diario y también el basural. Lo argumentativo cobra otro eje. Ya no hay que convencer al lector solamente de que la Justicia, en la dictadura, deja de ser ciega para volverse parcial, ni que el Estado es criminal. Aquí hay una posición tomada partidista que surge en este narrador víctima que se define como peronista, cuyos argumentos intentan mostrarle al espectador que ser peronista implica sufrir persecuciones e injusticias hasta el límite de ser asesinados brutalmente, en el marco –en este caso - de una dictadura, pero con el aval de todos aquellos que no son peronistas (“El peronismo era una

clase, era la clase trabajadora que no puede ser destruida, el eje de un movimiento de liberación que no puede ser derrotado, y el odio que ellos nos tenían era el odio de los explotadores por los explotados” – dice Troxler sobre el final). Es un film militante.

Historizar los discursos, comprender dentro de qué límites piensa y escribe un escritor es un paso insoslayable para enfocar la redefinición de Walsh como intelectual y su conversión a la militancia revolucionaria como un proceso largo, de autocrítica, con intentos de renuncia a la literatura de ficción (la novela es la forma del arte burgués) y a ser escritor, para dedicarse a una escritura política (Semanaario para la CGT de Ongaro, diario Noticias, ANCLA y Cadena Informativa), poner el cuerpo y “vivir la novela junto al pueblo”.